

## SANTA SENORINA, ABADESA.

SANTA Senorina, tan célebre por sus heroicas virtudes, como por sus maravillosos prodigios, nació al mundo por los años 924. Fueron sus padres Hufo, Adulfo ó Abulso Belfajar ó Belfajer, conde y señor del territorio de S. Juan de Venaria, llamado vulgarmente *Viveiro*, sito entre Duero y Miño, y de Basto, pueblos del obispado de Braga en la provincia de Portugal, y Teresa, hermana de Gonzalo Soario, diestro militar, que auxilió muchas veces á los reyes de Leon. Murió ésta, dejando á Senorina casi de pecho; y penetrado el corazon de Hufo del mas vivo dolor así por la pérdida de su amada consorte, como por ver á la niña sin madre en una edad tan tierna, se le ocurrió el noble pensamiento de entregarla á su tia Godina, que se hallaba abadesa del monasterio de S. Juan de Viveiro, señora de conocida virtud, para que cuidase de su educacion. No salieron frustradas las esperanzas del conde, pues aplicándose Godina con el mayor desvelo á dar á la ilustre niña una crianza tan propia de su piedad, como de su alto nacimiento, tuvo el gusto de verla en su juventud como un templo vivo del Espíritu Santo, aspirando siempre por llegar á la cumbre de la mas alta perfeccion; para lo cual ayunaba casi todos los dias, domaba los rebeldes apetitos de la carne con un áspero cilicio, y con sangrientas disciplinas, gastando el tiempo restante ó en oracion, ó en santas conversaciones.

Esparecióse la fama de la eminente virtud de Senorina por toda aquella region, y prendado un noble caballero de sus relevantes cualidades, buscó medio para que llegase á entender que pretendia su mano; mas la insigne vírgen le hizo entender que eran otros sus designios. Valióse el jóven de todos los medios que pudo sugerirle la vehemencia de su pasion; pero viendo inútiles todos sus recursos, se presentó al padre de la Santa, y manifestándole con tiernos suspiros, y con abundantes lágrimas el grande amor que profesaba á su hija, le rogó que se la concediese por esposa. Admirado el conde de un afecto tan particular como el que manifestaba el ilustre caballero, considerando que en él concurrían todas las circunstancias que pudiera apetecer para este caso, le despidió benignamente con la palabra de que hablaría á su hija sobre el fin que le proponía. Habló con efecto el conde á Senorina, ponderándola la ventajosa conveniencia que se la ofrecía con aquel matrimonio; pero apenas oyó la insigne vírgen semejante proposicion tan opuesta á sus nobilísimas ideas,

cuando respondió: *Yo ya tengo por esposo á Jesucristo, á quien es cosa abominable posponerle á otro alguno; y así no me podrán separar de su amor ni las instancias de un padre, ni el afecto del jóven apasionado, ni todas las riquezas de este mundo.* Quedó el padre lleno de admiracion al oír las espresiones de su hija, dichas con un extraordinario fervor de espíritu; y no queriendo impedir su buen propósito, le prometió que jamás le tocaría igual asunto.

Agradó tanto al cielo la conformidad de Hufo con la acertada determinacion de su hija, que en la noche inmediata le manifestó en sueños un ángel lo acepta que habia sido al Señor su resignacion, previniéndole que mandase á Senorina, que abrazase cuanto antes el estado religioso. Obedeció el conde inmediatamente el aviso superior; y habiendo hecho presente á su hija y á su tia Godina la voluntad del Señor intimada por medio del celestial oráculo, se procedió sin la menor dilacion á que vistiese la ilustre vírgen el hábito benedictino. No es fácil poder explicar el gozo que concibió Senorina viéndose con las insignias de esposa de Jesucristo, y desde aquel punto todo su pensamiento, y toda su ocupacion fué dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada; adelantándose tanto en la carrera, que no solo sirvió de ejemplo, sino de admiracion á todas las religiosas.

Leía Senorina con mucha frecuencia las actas de los mártires, y meditando sobre la heroica constancia de aquellos héroes de nuestra santa religion, y sobre la eterna felicidad que compraron con su sangre, se encendió de tal modo en vivísimos deseos de padecer martirio, que no pudiendo conseguir esta dicha, cayó en una profunda melancolía. Exploró la abadesa la causa de la extraordinaria tristeza de su sobrina, y la hizo entender con su gran prudencia, que la vida monástica en su severidad no era otra cosa que un verdadero martirio; cuya corona podría conseguir por medio del rigor de sus ejercicios religiosos, triunfando de los fuertes combates de los enemigos del alma, aunque no batallase con los gentiles. Consolada Senorina con estos consejos, emprendió aquel género de lucha, continuándola con tanto rigor por todo el discurso de su vida, que no sin razon se la reputó por mártir, á virtud del cruento sacrificio que hizo de su propio cuerpo, crucificándolo con asombrosas penitencias.

Murió la abadesa Godina, y como á todas las religiosas constaba la eminente virtud, y la consumada prudencia de Senorina, la eligieron superiora á pesar de su humilde resistencia. El nuevo

empleo solo sirvió para que mas brillase la virtud de la santa madre tan abatida, tan mortificada, y tan exacta cuando abadesa, que cuando súbdita; sin que se le observase la menor alteracion en su dulzura, en su modestia, ni en su apacibilidad: de manera que solo se conocia que era superiora, en que iba delante de todos los ejercicios mas humildes, y mas penosos de la observancia regular. Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísima sierva con maravillosos prodigios, de los cuales se referirán algunos para que se forme idea de este don que la fué concedido. Caminaba en cierta ocasion Senorina con algunas de sus hermanas por el territorio de Carrazedo; y habiéndose puesto á rezar el oficio divino en un ameno sitio, era tanto el ronco estrépito de las ranas, que les impedía enteramente la atencion, y la devocion. Mandólas la Santa que callasen en adelante, y obedecieron en tanto su precepto, que desde entonces no se han visto semejantes animales en aquel territorio.

Hallábase la Santa un dia en el oficio de completas; y oyéndose cánticos dulcísimos en la region del aire, preguntáronle sus hijas qué significaba aquella suave melodia; Senorina respondió: En este mismo instante conducen los ángeles con festiva música á el alma de mi pariente S. Rosendo á la patria celestial. En efecto, se verificó puntualmente, averiguado el tiempo en que murió el Santo en el monasterio de Celanova. En la vida de este Santo, que hemos leído el dia 1.º de marzo, se refiere el milagro que obró con motivo del terrible castigo que esperimentaron unos albañiles que trastejaban en el convento, por haber sospechado amores muy ajenos del de Dios entre Senorina y su pariente san Rosendo. Tambien se debió á las fervorosas oraciones de la sierva de Dios la conversion del agua en vino no pocas veces, y la tranquilidad de muchas furiosas tempestades, que amenazaban considerables daños.

Oyó la ilustre abadesa estando en oracion una voz que la dijo: *Ven, escogida mia, que el supremo Rey desea tu hermosura*; y conociendo por ella que se acercaba el fin de sus dias, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos con aquella devocion que era propia de su espíritu; y habiendo dado á sus hijas las mas zelosas instrucciones sobre la observancia regular, murió en el Señor en el dia 22 de abril del año 982 á los cincuenta y ocho años de su edad. Dieron sepultura á su venerable cuerpo en el mismo monasterio cerca de las reliquias de S. Gervasio, y de Godina; y dignándose el Señor hacer cada dia muchos milagros por la intercesion de su sierva, movieron éstos á D. Pelayo, obispo de Braga, á visitar

su sepulcro: y habiendo conseguido á su presencia un ciego de nacimiento la vista por mediacion de la Santa, elevó sus reliquias á un sublime lugar, grabando en él un epitafio espresivo de los ilustres hechos de Senorina: memorable entre ellos la milagrosa salud que consiguió el príncipe D. Alonso hijo de Sancho I de Portugal, tan gravemente enfermo, que estuvo en el último término de la vida, por lo que hizo D. Sancho grandes donaciones al monasterio de la Santa: cuyo cuerpo descansa hoy en la iglesia parroquial de Sta. Senorina de Basto al lado del altar mayor, la que fué monasterio en los tiempos antiguos.

*La Misa es en honra de los santos Sotero y Cayo, y la oracion la que sigue:*

Suplicámoste, Señor, que nos y que su venerable intercesion defienda la festiva memoria que nos sirva de recomendacion celebremos de tus santos mártires y pontífices Sotero y Cayo, cristo, etc.

*La Epístola es del Apocalipsi de S. Juan, cap. 19.*

En aquellos dias: Despues de esto yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el cielo que decian: Alleluya: Salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Alleluya. Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos y los cuatro animales se postraron y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amen: Alleluya. Y salió del trono una voz que dijo: Dad alabanza á nuestro Dios vosotros todos sus

siervos: y vosotros que le temeis pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Alleluya: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria: porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa está ya adornada. Y se le ha dado á él para vestirse de viso cándido y resplandeciente. Porque el viso son las justificaciones de los santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

## REFLEXIONES.

*Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt*: Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que esta cena y estas bodas representan, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazón, solo él puede saciar nuestros deseos: cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazón. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando en propiedad, son dichosos de teatro, y felices de representación, como personajes de comedia. Toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia S. Agustín, á llenar el inmenso vacío de mi corazón con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligación de servir á mi Dios. Al paso que es cosa dura y amarga negar la obediencia, ó sacudir el yugo de la sujeción á tan dulce como amable dueño; á ese mismo paso no la hay mas suave, ni de mayor consuelo que amarle y que servirle. Los buenos nunca están espuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos, y jamás los conceden un día de treguas ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algún día motivo de desesperación á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligación, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupción del corazón humano, es á lo menos tan sólido y tan puro que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se

acaban con el día de la fiesta, ó del regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la estravagancia de no pocos: es un gusto permanente que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin dolor y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda, manchan la honra y alteran la salud: es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad, por la satisfacción que causa al que la disfruta. A las demás diversiones no se las toma el gusto sino por la pasión, que las da todo el sánete: el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligación y en servir á Dios, no admite otro sánete que el que le da la razón.

En cualquiera otro gusto cada uno desapueba interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus concurrentes, teme las revoluciones, desconfía de su mismo corazón, enójase contra su desigualdad, irritase contra sus inquietudes; los zelos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesión fastidia, y los remordimientos perpetuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligación consuela: la presencia del dueño á quien se sirve anima: el fin que se tiene presente llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma del partido que tomó; sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia: el número de los concurrentes aumenta el consuelo, escitando con el buen ejemplo el zelo y el fervor. La vista, el conocimiento de nuestros propios defectos en vez de desalentarnos, nos anima á ser mejores por la enmienda de ellos: no se da cuartel á alguna de aquellas bajas é indignas pasiones que despedazan el corazón. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad: no inquieta el miedo de las borrascas, ni de las tempestades, porque el Señor á quien se sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal protección, ¿cómo pueden no ser serenos y tranquilos todos los días de los virtuosos? En servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpetua calma? ¡Y es posible que se busque en otra parte la felicidad! ¡y es posible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar por lograr este banquete! ¡y es posible que se suspire por otro bien, que se anhele por otro gusto en la tierra!

*El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Yo soy la vida, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento: se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisieréis, y se os

concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seais mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

## MEDITACION.

*De las recaídas.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en el pecado es prueba muy sensible de la estrema malignidad de este mal. Muchos se escapan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaídas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaídas en las enfermedades lo mas comun suelen causar-se por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que estos nuevos pecados no sean todavia efectos de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaída. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en orden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia: es menester; por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolucion. ¡Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces vemos cada dia, que son menester alegar para obligarnos á mudar partido, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aqui juzgábamos perjudicial, por aquel errado dictámen que habia impreso en nuestras

almas una pasion tan nociva como vehemente! Pecadores y penitentes casi en una misma hora presumiamos pasar de un estremo á otro, sin pasar por el medio. Amar lo que poco tiempo ha se aborrecia, tomar ya gusto en lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los males, buscar con ansia aquello mismo de que habias resuelto huir aunque te costase la vida, volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror. Motivos, razones, religion, eternidad, cólera de Dios, infierno, nada hace ya fuerza, todo desaparece de repente, todo es inútil. ¡Y se persuadirá á que era verdaderamente penitente, el que tan de golpe y con tanto descaro pasa á ser un público, ó á lo menos un intrépido pecador! ¡el que no conserva ni aun la menor reliquia de la antecedente penitencia! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaídas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frio, que preceden á las accesiones mas violentas de la calentura. Son á lo mas una suspension de armas que sirve para volver á la guerra con mayor furor: esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los pies del confesor; sentístete movido y aun penetrado de dolor de tus pecados; llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazon y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fué bien fuerte, que fué extraordinario el movimiento que el Espiritu Santo imprimió en tu corazon. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos, y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho dias, y acaso al dia siguiente resucitó el pecado que parecia muerto, y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazon, destruido, aniquilado, se halla un momento despues tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca la hubiera tomado; ¿todo esto querrá decir que la penitencia fué muy sincera? Las prontas recaídas forman por lo menos una vehemente presuncion de que el dolor fué fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la confesion nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporcion se debe entender tambien de las leves. ¡Oh mi Dios, cuántos falsos arrepentimientos, y cuántas penitencias aun todavia mas falsas descubrirán algun dia las frecuentes recaídas!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si la falsa penitencia es la causa mas ordinaria de las recaídas, no es menos cierto que la impenitencia es tambien el efecto mas natural de ellas. El que vuelve á caer tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

— Cuando el diablo fué una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en ella, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales mas perversos que él, para que puedan hacer mas larga y mas vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el puesto que habia perdido, ¿será menos vigilante despues que lo habia sido antes de perderle? Habiéndole enseñado la esperiencia por donde puede abrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor, y en fortificar mas los parajes mas flacos y mas espuestos? ¡cuántos esfuerzos hará para evitar la confusion de otra segunda sorpresa! A vista de esto, ¿qué te parece? ¿las frecuentes recaidas dejan grandes esperanzas de segunda conversion? Fuera de los estorbos que opondrá el enemigo de nuestra salvacion, ¡cuántos encontraremos en nosotros mismos!

Una recaida en cierta manera da mas fuerzas á la inclinacion que tenemos al mal que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se cometió despues de una verdadera conversion es en cierto modo mas grave que todos los que se cometieron antes de ella. Porque para cometerle fué menester apagar todas las ilustraciones que nos alumbraron para salir del mal estado, todos los auxilios que se habian recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habian hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podia dificultar la resolucion de pecar: atropelláronse todos los estorbos que podian detener la ejecucion: verdades eternas, castigos terribles, misterios tERNOS de la redencion, sangre preciosísima del Redentor, cuya superabundante virtud se habia recibido en el uso de los sacramentos durante el tiempo pascual; todo se inutilizó; venció la pasion, y arrastró la inclinacion al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso, que fué capaz de romper diques tan fuertes, y qué cosa podrá bastar á detenerle?

— No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometian. Los pecados de recaida se cometen, por lo comun, con una entera malicia, y así merecen todo el rigor de la divina justicia. Por eso á ningun pecador convirtió el Salvador del mundo, á quien no le hiciese esta prevencion: *Guárdate bien de volver á pecar, no te suceda alguna cosa peor.* ¡Y despues de esto se miran tan á sangre fria los pecados de recaida! ¡y no asustan al alma las reincidencias! ¡y despues de haber confesado y comulgado en tiempo de Pascua, se vuelve otra vez á meterse en las mismas ocasiones de pecar!

— Adorable Salvador mio, si hubiéramos de juzgar de vos como

juzgamos de los hombres, la salvacion de estos pecadores relapsos seria desesperada. Verdad es que tienen mas motivos para temer, que para esperar; mas no por eso se agotaron vuestras misericordias: la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede tambien lavarlos esta, porque igualmente corre por vuestras divinas venas. Todo lo podeis, ¡oh gran Dios! Quanto mayores y mas enormes fueren nuestros pecados, mayor y mas gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaidas; veo todas las funestas consecuencias de los pecados de reincidencia: no permitais, benigno Salvador mio, que tenga la desgracia de volver á caer en ellos.

— JACULATORIAS. — No permitais, Señor, que los enemigos de mi salvacion logren la satisfaccion de ejecutar los malignos intentos que tienen contra mí. (*Psalm. 34.*)

— No permitais que digan: Ya está perdido, ya le hemos tragado. (*Psalm. 34.*)

#### PROPOSITOS.

10 La esperiencia enseña, que á una verdadera conversion se sigue casi siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo infeliz estado de donde efectivamente se habia salido, nunca es de golpe; porque es menester algun tiempo para borrar la memoria de una contricion amarga. No se comienza por los pecados graves; vanse poco á poco dejando los ejercicios espirituales, cométnense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer otras mayores. Pero cuando la recaida es muy inmediata á la conversion, hay muchos motivos para desconfiar de ella. Si quierdes tener señales menos equivocadas, poco inciertas de tu verdadera reconciliacion con Dios, observa cuanto es tu cuidado, cuanta tu aplicacion, cuanto tu fervor en hacer todo lo que le puede agradar, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una gran dieta, y no quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, da justo motivo para creer que puede mas con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud. ¿Pues quién no vé que una persona que visita, que trata, que cultiva indiferentemente la correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazon; que concurre con gusto á todos los parajes donde se respira un aire contagioso, donde el

suelo está resbaladizo, y cada paso es un peligro; quién no vé, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaidas? Desviate de todo cuanto pueda servirte de peligro: espectáculos profanos, concurrencias mundanas, amigos ocasionados, diversiones nocivas, conversaciones peligrosas, libros envenenados ó sospechosos, pinturas indecentes, todo se acabó ya para tí. Son pocas las recaidas que no tienen su origen de la falta de vigilancia, y de una prudente precaucion. A quien se acaba de levantar de una grave enfermedad, un aire poco sano, un alimento mal preparado, el menor exceso suelen ser golpes mortales. Acordémonos que en materia de costumbres lo que se llama flaqueza, hablando en propios términos, no es mas que una perversa voluntad.

2 ¿Quieres no volver á caer? Pues haz reflexion sobre la causa mas visible de tus precedentes recaidas. ¿No fué aquella visita, la leccion de aquellos libros, aquella conversacion, aquella correspondencia, el haber dejado aquella devocion, aquel ejercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasion, el haberte descuidado en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relajacion y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaidas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relajacion, de aquellas pasiones que volvieron á resucitar. Todas las mañanas al acabar la oracion, ó al ofrecer las obras del dia, lee el papel de estos saludables apuntamientos, imponte una penitencia, ó una considerable limosna, para todas las veces en que te espusieres á algun peligro. Estos que parecen pequeños cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxilios, que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este ejercicio.

### DIA XXIII.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN JORGE, á quien celebra la Iglesia en el número de los mártires. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX, presbítero, FORTUNATO, Y AQUILEO, diáconos, en Valencia de Francia, los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por S. Ireneo, obispo de Leon, y habiendo convertido á la fe católica la mayor parte de aquella ciudad, por orden